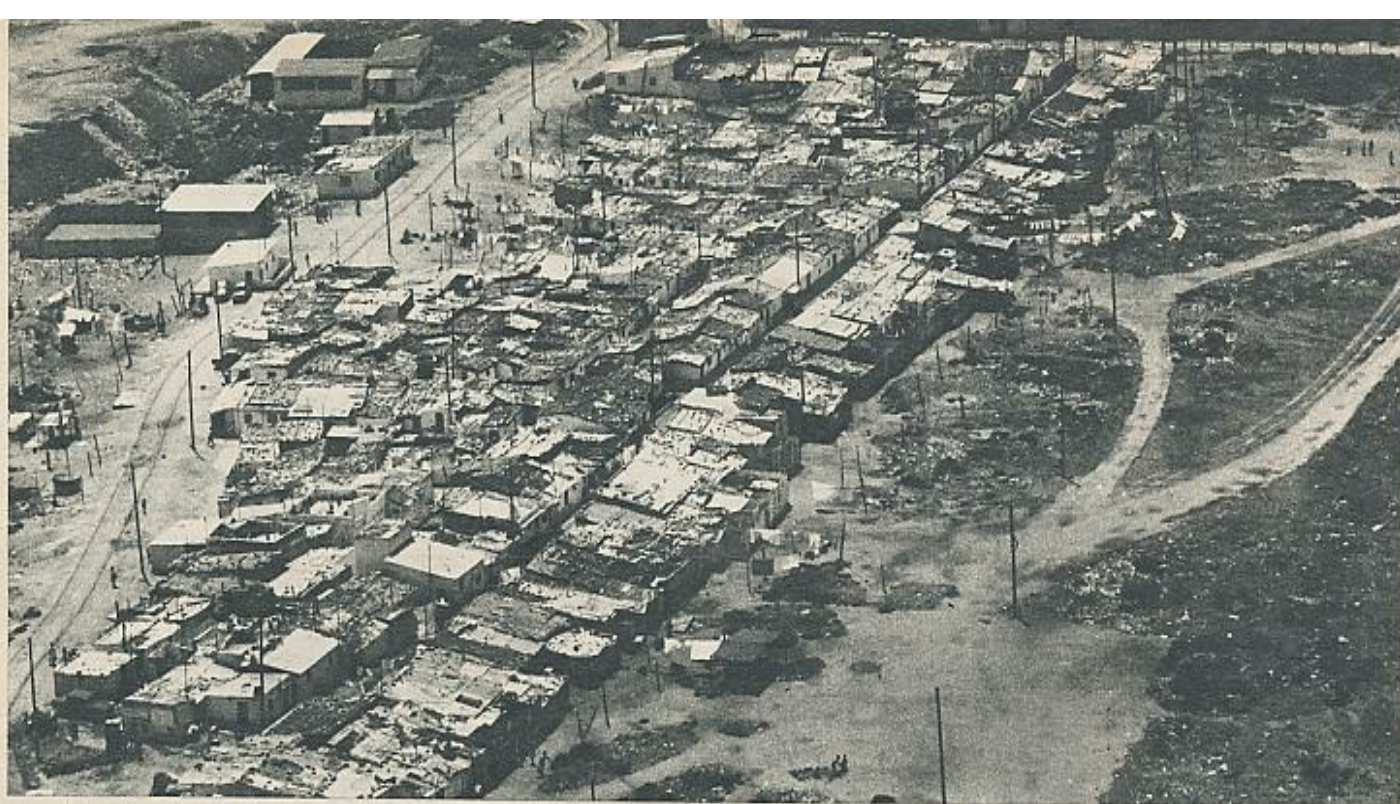


LA OTRA CARA DEL DESARROLLO

EL CAMPO DE LA BOTA





El conglomerado reúne dos barrios propiamente dichos, dos barrios de barracas: el de Pekín y el de Parapeto. Allí viven setecientos treinta y tres familias, que reúnen tres mil doscientas setenta personas. Todas ellas viven en sólo seiscientos noventa y dos barracas.

M. VAZQUEZ MONTALBAN

NO es que el «miserabilismo» sea la única otra cara del Desarrollo. Hay muchísimas «otras caras» del Desarrollo, y si elegimos hoy la de este campo casi extrabarcelonés es porque esta otra cara, de ser borrosa, inaprehensible, entre el tópicos y la leyenda, ha pasado a tener, al menos, un mínimo de rasgos físicos: un mínimo de datos. A unos cientos de metros del extrarradio industrial de Barcelona, de la explosión de la ciudad hiperconsumista de España, sobrevive un conglomerado como el Campo de la Bota, que parece sobrevivir, intacto, cual declarado de interés nacional, desde su biología de los años cuarenta que Candel retrató en el libro *Han matado un hombre*, han roto un paisaje.

El conglomerado reúne dos barrios propiamente dichos, dos barrios de barracas: el de Pekín y el de Parapeto. Con terminología eséptica diríamos que el barrio está dividido entre los términos municipales de Barcelona y San Adrián, entre las desembocaduras del Besós y de la Ribera de Horta, con el mar como límite final. Pero con una descripción más acercada a la realidad, el barrio limita con dunas de desperdicios, con riachuelos de cloaca, con residuos que la ciudad ha alejado de su vera iluminada. Allí, dentro de estos curiosos límites geográficos, viven 733 familias. Insisto en un término tan acreditado: familias. Esas 733 familias reúnen 3.270 personas. Repito el término, aunque no esté tan acreditado: personas. Esas familias y esas personas viven en 692 barracas.

Un informe sanitario

La situación del Campo de la Bota no se ha instituido y acumulado de la noche al día. Forma parte de los males tolerados u olvidados de la gran ciudad industrial. Como uno más de esos males. Pero tras varias décadas de existencia, el problema del

Campo de la Bota pasa a conocimiento público, porque sus propios inquilinos han decidido constituir una asociación y pasar a la acción; ante todo convertir en información objetivada todo cuanto les rodea. Fruto de esa intención ha sido un estudio realizado bajo la dirección de los dos asistentes sociales parroquiales de la zona y del asistente técnico sanitario a cuyo cargo está el dispensario. Por ese informe sanitario nos enteramos de lo siguiente:

«Desde el punto de vista sanitario, esta situación representa un peligro potencial, ya que, aparte de la promiscuidad y de los aspectos sociales, debe resaltarse que la escasez de agua potable, existiendo como existen lugares destinados a la venta de alimentos y distribución de los mismos (hay la excepción de una mesa de venta de pan, con suministro de agua potable), y la falta de evacuación de aguas residuales facilita la propagación de enfermedades de tipo hídrico, que la abundancia de insectos puede ser motivo de diseminación de enfermedades por ellos transmitidos, que la gran densidad de población y promiscuidad facilita la de la tuberculosis y, finalmente, que hay gran abundancia de perros vagabundos, con el consiguiente peligro de la rabia humana».

La rabia humana. Curiosa ambigüedad la de esta expresión. Da una cierta rabia humana, y no debido a las mordeduras de perros vagabundos, el hecho de que en el Campo de la Bota solamente estén vacunados un 38,94 por 100 de los niños de uno a seis años y un 50,30 por 100 de los niños de siete a catorce; el hecho de que un 43 por 100 de la población padece afecciones bronquiales, un 31 por 100 reuma y un 15 por 100 afecciones de la piel, y que las afecciones reumáticas llegan a un 100 por cien en las edades de cincuenta y más de sesenta años.

Un marco social

En el Campo de la Bota, la superficie media de las viviendas es de

veinticinco metros cuadrados. En algunas de estas viviendas vive más de una familia, sin que en muchos casos tengan la menor relación de parentesco. En ninguna vivienda hay agua corriente, con las excepciones del dispensario, guarderías, algunos bares y un centro social. Ninguna vivienda dispone de servicios sanitarios ni desagües, y algunas tienen el medieval «pozo muerto». En cambio, la mayoría de viviendas tienen electricidad y muchas televisor. En las viviendas más próximas al mar basta excavar un metro para encontrar agua. Dentro de todas ellas, el grado de humedad es superior que en el exterior y la única fuente de ventilación es la puerta de entrada.

Tal vez la solución para los habitantes de tan poco agraciados hábitáculos fuera vivir al aire libre. Pero si salen de «casa» se encuentran con que en el Campo de la Bota desembocan directamente colectores que contaminan tierra y mar; los vecinos acumulan sus excrementos y orina en cubos que tiran en la playa, con la constante formación de charcas llenas de olor y sabor, a juzgar por el concurso de insectos y ratas; las ratas se presentan en cantidades de relato de Camus, pero sin propósitos metafísicos; en algunas zonas hay alcantarillados, pero conducen a pozos muertos, por lo general obstruidos.

Y si uno decide no ya salir de casa, sino salir de esta vida o del barrio, la cosa sigue difícil: no hay servicio médico facultativo y no hay transporte público que llegue hasta el barrio. Muchos médicos se niegan a ir hasta allí, y la mayor parte de taxistas, también.

El barrio tiene tan mala fama como mal aspecto.

La fama de la pobreza

La fama de la pobreza siempre es mala. En el Campo de la Bota convi-

ve el lumpen proletariado característico con el proletariado a secas y pequeños comerciantes. Por su calidad de parte del mundo dejada de la mano de los planes de desarrollo, ha sido terreno abonado para la formación de pandillas de delincuentes y otros focos de picaresca. Pero si bien estos hechos son los que han dado fama y justificación a la distancia del barrio con respecto a la buena conciencia de la ciudad, ha sido el repulsivo impacto de su pobreza lo que ha acabado por configurar su teórica lejanía.

Ahora son los propios vecinos, o su porción más consciente, los que quieren destruir o la distancia o la ignorancia. Dicen clarísimamente que: ... la solución definitiva reside en terminar con la existencia de barracas en esta localización geográfica, facilitando, como es lógico y de desear, viviendas dignas y con las facilidades adecuadas a la situación económica de quienes se ven obligados a vivir en estas circunstancias...

Las condiciones del barrio no tienen solución. Pero, por otra parte, alguien ha expuesto los remedios necesarios para ir tirando, para, al menos, paliar la solución. No se trata de nada colosal. No se barajan cifras o cálculos de autopistas o poles de desarrollo. Bastaría con:

Aumentar la conducción de aguas potables y fuentes públicas (en especial para establecimientos alimenticios y el dispensario), terminación de las obras de colectores, ampliar los servicios de recogida de basuras, aumentar la vigilancia, organización de letrinas y mingitorios públicos.

Es decir, ya no se trata de elevar el nivel de consumo de chultones de ternera de Avila «per cápita» (estadística por hacer), sino de organizar un eficaz sistema de letrinas y mingitorios públicos, de agua abundante y limpia y de llevar el excremento a su sitio.

Cuestiones de poca monta. Cuestiones de poco plan. ■